



Revista Electrónica Sinéctica

E-ISSN: 1665-109X

bado@iteso.mx

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores
de Occidente
México

Giroux, Henry A.

El nuevo autoritarismo, la pedagogía crítica y la promesa de la democracia

Revista Electrónica Sinéctica, núm. 28, febrero-julio, 2006, pp. 1-19

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Jalisco, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99815917016>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El nuevo autoritarismo, la pedagogía crítica y la promesa de la democracia

HENRY A.
GIROUX*

** Actualmente tiene el Global TV Network Chair Professorship en McMaster University en Canadá. Ha publicado numerosos libros y artículos. Sus principales áreas de investigación son estudios culturales, estudios sobre la juventud, pedagogía crítica, cultura popular, estudios de medios, teoría social, y la política de educación superior y educación pública.*

A medida que el autoritarismo se extendía a lo largo de América Latina en la década de 1970, era legitimado por una ideología basada en el terror y la violencia. Conforme los cuerpos desaparecían y el disenso era aplastado, los ideólogos de derecha proclamaron con grades fanfarrias que en la batalla contra el terrorismo la seguridad era más importante que la libertad, que la lucha contra el terrorismo era más crucial que la batalla por la democracia, y que la prevalencia de la ley sólo podría ser preservada mediante la imposición brutal del silencio y de la fuerza. En tales dictaduras las palabras se convirtieron en armas para aplastar el espíritu y vaciar toda esencia del sueño de democracia. Los tiempos cambian pero el espíritu del autoritarismo perdura y se reinventa a sí mismo en las nuevas ideologías políticas y formaciones sociales, que comparten esos momentos en la historia a los que Ana Arendt calificó de “tiempos oscuros”.

Revelaciones recientes del *New York Times* acerca de las decisiones del gobierno de Bush de permitir que la Agencia Nacional de Seguridad espiera a los estadounidenses sin haber obtenido una orden previa, la revelación del *Washington Post* de la existencia de una red de prisiones encubiertas conocidas como “sitios

negros”, establecida por la CIA en ocho países, la desenfrenada corrupción que involucra a algunos de los políticos más poderosos del gobierno de Bush, y las historias continuas acerca del extenso abuso y la tortura en Irak y en Afganistán son apenas algunos de los elementos en la prensa popular que apuntan hacia un creciente autoritarismo en la vida estadounidense.

Como han señalado muchos críticos notables y valientes, que van de Seymour M. Hersh a Gore Vidal y Robert Kennedy, hijo, el gobierno ahora está en manos de extremistas que han hecho trizas las libertades civiles, han mentido al público estadounidense para legitimar el envío de tropas de jóvenes estadounidenses a Irak, y han alienado a la mayor parte de la comunidad internacional con su ejercicio flagrante de poder arrogante. Estos extremistas de derecha también han empañado las más importantes instituciones del gobierno con alianzas corporativas deshonorosas, han utilizado el poder político desvergonzadamente para instrumentar políticas legislativas que favorecen al rico y castigan al pobre, y han inhabilitado aquellas esferas públicas que no se rigen por la lógica del mercado. Sidney Blumenthal (Blumenthal, Salon.com, enero

5 de 2006), ex asesor titular del presidente Clinton y no radical, afirmó que el gobierno de Bush ha creado un gobierno que es equivalente a “un estado de seguridad nacional de tortura, detenciones fantasma, prisiones secretas, rendiciones y espionaje interno”. Sin embargo, las consecuencias del nuevo imperio estadounidense no son menos estremecedoras para la democracia mundial.

En Estados Unidos se está librando una guerra silenciosa contra la gente joven y pobre y la gente de color que está siendo confinada a escuelas con un nivel por debajo de las normas o encarcelados en grados alarmantes. Pero éstos no son los únicos blancos. Las universidades han sido acusadas de ser “blandas” con el terrorismo y de ser antiestadunidenses en sus críticas a la administración de Bush; la homofobia se ha convertido en la ideología que abandera el Partido Republicano; y el ataque por todos los frentes contra los derechos reproductivos de las mujeres es defendido por los partidarios evangélicos de Bush (de manera más evidente en los recientes nombramientos de Bush para la Suprema Corte). En tanto los derechos legales y servicios de apoyo para la gente de color, los pobres, los jóvenes, la clase media, los ancianos, los homosexuales y las mujeres, están siendo atacados, la administración actual apoya una campaña para derribar las fronteras entre la Iglesia y el Estado a tal grado que incluso los críticos liberales como Frank Rich creen que Estados Unidos está a punto de convertirse en una teocracia fundamentalista (Rich, *New York Times*, 25 de diciembre de 2005, última edición, p. 8).

A medida que en Estados Unidos la guerra se convierte en la base de una política exterior imperialista, se combinan la violencia real y la simbólica con algunas tendencias antidemocráticas para hacer más peligroso el mundo y más difícil de imaginar la promesa de una democracia global en el momento histórico actual. El imaginario ultranacionalista de imperio diseminado por los medios de comunicación de extrema derecha, ahora una cámara de resonancia para el gobierno de

Bush, ha hecho que los símbolos militaristas se difundan por toda la cultura estadounidense, reafirmando las jerarquías sociales asociadas a formas tempranas de colonialismo. El lenguaje de corrección patriótica y de fanatismo religioso sustituye el lenguaje de justicia e igualdad social que revela la atracción perdurable si no es que la “rehabilitación de ideas y principios fascistas” (Gilroy, 2000, p. 148).

En realidad la guerra y los guerreros se han convertido en los modelos más cautivadores de grandeza nacional. A medida que Estados Unidos invoca las políticas antidemocráticas y jingoístas por medio de la noción de soberanía legitimada como una guerra sin fin contra el terrorismo, la democracia global ahora se ve comprometida. Al rechazar cualquier forma de internacionalismo ajeno a sus propios intereses globales, Estados Unidos está en la actualidad remodelando una noción de soberanía definida mediante una biopolítica en la que “la vida diaria y el desempeño del poder han sido permeados por la amenaza y la violencia de contienda armada” (Hardt & Negri, 2004, p. 13). Los seres humanos ya no están protegidos por el derecho nacional e internacional, y la violencia estatal se convierte en la característica definitoria del Estado imperial sin principios. Como instrumentos de biopoder sin límites, el derecho y la violencia se hacen indistinguibles, y la soberanía se limita a librar una guerra contra el terrorismo que parodia el mismo terror que afirma estar combatiendo. Dentro de esta noción de soberanía la violencia estatal de seguridad y terrorismo de manera creciente “forman un sistema mortífero único, en el cual justifican y legitiman las acciones propias y ajenas” (Agamben, 2001).

Mientras que la administración de Clinton situó sus posiciones clave en el Departamento del Tesoro, “el nuevo gobierno de Bush acude a sus expertos en defensa (Cheney, Rumsfeld y Rice) para forjar la política internacional, y depende de un orden cristiano en casa” (Harvey, 2003, p. 193). Dentro de esta perspectiva de soberanía y poder el gobierno de Bush entendió bien “la relación entre orden interno y externo.

Intuitivamente aceptaron la visión de Arendt de que el imperio en el extranjero ocasiona tiranía en casa, pero la expresan de manera diferente. La actividad militar en el extranjero requiere disciplina de tipo militar en casa (Harvey, 2003, p. 193).

Si bien sería absurdo sugerir que Estados Unidos representa una imagen en el espejo de la ideología fascista o que imita el terror racista y sistémico de la Alemania nazi, no es irrazonable, como lo instaba Hannah Arendt en *The Origins of Totalitarianism*, aprender a reconocer cómo los diferentes elementos del fascismo se cristalizan en diferentes periodos históricos en nuevas formas de autoritarismo. Tales elementos antidemocráticos se combinan en formas a menudo impredecibles, y creo que es posible encontrarlas en la actualidad en muchas de las prácticas, valores y lineamientos políticos que caracterizan la soberanía de Estados Unidos en el gobierno de Bush. El poder sin límites en la cúpula de la jerarquía política cada vez va más al parejo con un ataque agresivo al disenso en todo el cuerpo político y alienta tanto la guerra en el extranjero como en casa. Los poderes militaristas y económicos de capital global (encabezados por corporaciones e intereses políticos) parecen desenfrenados por las formas tradicionales de soberanía nacional e internacional cuyas implicaciones son captadas en la frase apropiada de David Harvey, “acumulación por desposeimiento”. Ahora poblaciones enteras son consideradas como desechables, lo que marca un momento peligroso para la promesa de una democracia global (Harvey, 2003, pp. 184-185; Bauman, 2004). Pareciera que el discurso de independencia, igualdad y libertad que surgió con la modernidad ha perdido incluso su valor residual como el proyecto central de la democracia. La soberanía del Estado ya no se organiza en torno a la lucha por la vida sino en una insaciable búsqueda de la acumulación de capital que lleva a lo que Achille Mbembe llama “necropolítica”, o la destrucción de cuerpos humanos (Agamben, 1998). La guerra, la violencia y la muerte se han convertido

Pareciera que el discurso de independencia, igualdad y libertad que surgió con la modernidad ha perdido incluso su valor residual como el proyecto central de la democracia.

en los principales elementos que conforman la biopolítica del nuevo autoritarismo que está surgiendo en Estados Unidos y que está extendiendo cada vez más su alcance a amplias esferas globales, desde Irak hasta un vasto despliegue de puestos de avanzada y prisiones militares alrededor del mundo.

En las palabras apropiadamente elegidas por Giorgio Agamben, conforme el estado de emergencia se convierte más en la regla que en la excepción, muchas de las poderosas tendencias antidemocráticas amenazan los prospectos tanto para la democracia estadounidense como para la global (Agamben, 2005). La primera es un fundamentalismo de mercado que no sólo hace triviales los valores democráticos y las preocupaciones públicas sino que también enaltece un individualismo rabioso, una búsqueda exhaustiva de ganancias, y un darwinismo social en el que la desdicha es vista como una debilidad, en que la suma total actual resulta en la regla hobbesiana de “una guerra de todo contra todo”, que reemplaza cualquier vestigio de responsabilidades compartidas o de compasión por los demás. Los valores del mercado y las operaciones despiadadas del capital financiero se convierten en el modelo para organizar al resto de la sociedad.

Todo el mundo ahora es un cliente, y cada relación se juzga finalmente en términos de resultados y costo-eficiencia. Se reemplaza la responsabilidad colectiva por un conjunto de temas empresariales, cada uno probado en virtud de la confianza en sí mismo y forzado a encarar sólo los desafíos cada vez más difíciles del orden social. La libertad ya no es un asunto de asegurar igualdad, justicia social, o bienestar público sino de comercio libre sin trabas en bienes, capital financiero y mercancía. Conforme la lógica del capital aplasta la soberanía democrática, una guerra de baja intensidad en el extranjero entrega la democracia con bombas, tanques y guerras químicas.

El costo global de estos compromisos neoliberales es sufrimiento y muerte humana masiva, entregados no sólo en la forma de

bombas y las prácticas bárbaras de ejércitos de ocupación sino también en políticas de ajuste estructural en las cuales la búsqueda de tierras, recursos, ganancias, y bienes es instrumentada por instituciones financieras globales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. La ilegalidad global y la violencia armada acompañan la imposición del libre comercio, las virtudes de un mercado sin fronteras y la promesa de una democracia al estilo occidental impuestos mediante soluciones militares, introduciendo la etapa de la soberanía sin principios en la escala global.

En tales condiciones el sufrimiento humano y la penuria han alcanzado niveles de intensidad sin precedentes. Conforme los neoliberales del gobierno de Bush instrumentan políticas nacionales para reducir los impuestos y la regulación mientras gastan miles de millones en guerras en el extranjero, recortan los fondos que benefician a los enfermos, ancianos, pobres y jóvenes. Pero los recursos públicos son desviados no sólo de los problemas nacionales que van desde la pobreza y el desempleo al hambre; también son desviados de atender el destino de cerca de 45 millones de niños en “los países más pobres del mundo que morirán innecesariamente en el transcurso de la siguiente década”, como lo reportó Oxfam, el grupo con sede en Inglaterra (Lobe, 6 de diciembre de 2004).

El compromiso de Estados Unidos con el fundamentalismo del mercado eleva las ganancias por encima de las necesidades humanas y en consecuencia ofrece pocas muestras de compasión, ayuda o consuelo para millones de niños pobres y abandonados en el mundo que no tienen refugio adecuado, que están severamente hambrientos, que no tienen acceso a servicios de salud, o agua potable, y que sucumben innecesariamente ante los estragos del SIDA y otras enfermedades (AP, 9 de diciembre de 2004). Por ejemplo, como lo señala Jim Lobe, “la ayuda extranjera de Estados Unidos en 2003 se ubicó al final entre todas las naciones ricas. En realidad su gasto total para el desarrollo en 2003 llegó a sólo 10 por

ciento de lo que gastó en la guerra de Irak ese mismo año. En Estados Unidos el apoyo para el desarrollo alcanza menos de la cuadragésima parte de su presupuesto anual para la defensa” (Lobe, 6 de diciembre de 2004).

Carol Bellamy, la directora general de UNICEF, resume las consecuencias de las promesas quebrantadas a los niños por los países capitalistas avanzados, como Estados Unidos. Escribe:

Hoy más de mil millones de niños padecen privaciones extremas por pobreza, guerra, y VIH/sida. Los datos específicos son estremecedores: 640 millones de niños sin refugio adecuado, 400 millones de niños sin acceso a agua potable, y 270 millones de niños sin acceso a los servicios básicos de salud. El sida ha dejado huérfanos a 15 millones de niños. Sólo durante la década de 1990, la guerra forzó a 20 millones de niños a abandonar sus hogares (Bellamy, diciembre 18 de 2004).

Con la muerte del keynesianismo y el surgimiento de un “mercado libre” no controlado por la intervención del gobierno, la compulsión por acumular capital ahora supera el proporcionar provisiones sociales para los pobres, los ancianos, y los jóvenes. La responsabilidad individual ha suplido la inversión en el bien común o el tomar en serio los imperativos del contrato social que privilegiaron las políticas anteriores de los programas New Deal y Great Society del presidente Lyndon Johnson de la década de 1960. Los defensores del neoliberalismo libran una guerra contra los avances del Estado benefactor, renuncian a su compromiso de la provisión colectiva de bienes públicos, y despiadadamente instan a los pobres, a las personas sin hogar, a los ancianos y a los discapacitados de las zonas urbanas a depender de su propia iniciativa. Conforme el gobierno se vacía, los esquemas de privatización infectan todos los aspectos de la sociedad. Conforme el Estado renuncia a su papel como guardián del interés y de los bienes públicos, las políticas reaccionarias

toman el lugar de la gobernanza democrática. “El secuestro de la política pública por intereses privados”, observa Paul Krugman, coloca en situación paralela, “la espiral descendiente en la gobernanza” (Krugman, 5 de diciembre de 2003). Y una consecuencia es una brecha creciente entre los ricos y los pobres y la espiral descendiente de millones de estadounidenses en la pobreza y la desesperanza.

Las imágenes perturbadoras de cuerpos inertes flotando en las calles inundadas de Nueva Orleans después del huracán Katrina junto con cientos de afroamericanos varados en las calles, abandonados en el Superdomo de Luisiana, y esperando durante días a ser recatados de los techos de casas inundadas, son sólo un ejemplo del racismo, la desigualdad y la pobreza desalentadores en Estados Unidos. Las duras realidades de divisiones de raza y clase junto con la expansión cada vez mayor de la pobreza, el racismo, y el abuso de los derechos humanos también son visibles en un despliegue de estadísticas inquietantes.

De acuerdo con las estadísticas del Bread for the World Institute, 3.5 por ciento de los hogares estadounidenses padece hambre (9.6 millones de personas, incluyendo tres millones de niños). Los niños representan una parte desproporcionada de los pobres en Estados Unidos. Si bien son 26 por ciento de la población total, constituyen 39 por ciento de los pobres. La UNICEF declara que si bien Estados Unidos es aún el país más rico de la Tierra, con niveles de ingreso más altos que los de cualquier otro país, también tiene una de las más altas incidencias de pobreza infantil entre las naciones ricas e industrializadas. Dinamarca y Finlandia tienen niveles de pobreza infantil de menos de tres por ciento, y le siguen muy de cerca Noruega y Suecia, gracias a los altos niveles de gasto social. En Estados Unidos, 17 por ciento de los niños vive en pobreza. Los niños pequeños de las minorías tienen rangos de pobreza significativamente más altos que los niños blancos. Por ejemplo, el rango de pobreza para niños negros e hispanos menores de tres años es tres veces más alto que el de los

niños blancos. Las estadísticas muestran niveles de pobreza de 24.7 entre los afroamericanos, 21.9 entre hispanos y 8.6 por ciento entre los blancos no hispanos (Chalala, 4 de enero de 2006).

Con el auge del fundamentalismo de mercado se le otorga mayor respeto a la economía que a las necesidades humanas, los derechos humanos, y los valores democráticos; el ciudadano ha sido reducido a consumidor (la compra y venta de bienes parece ser todo lo que importa). Incluso ahora se considera a los niños como un grupo con el que se puede hacer dinero, reducidos a mercancía, sexualizados en anuncios incesantes y tratados impudicamente como un mercado para grandes utilidades. El fundamentalismo de mercado no sólo hace que el tiempo sea una carga para aquellos que no tienen seguro médico, servicio de guardería, un trabajo decente, ni servicios sociales adecuados; también comercializa y privatiza el espacio público socavando tanto la idea de ciudadano como los espacios y ámbitos mismos (escuelas, medios, sindicatos, etcétera) requeridos para hacerlo una fuerza vigorosa y comprometida para una democracia sustantiva.

Las tendencias antidemocráticas ganan poder al tiempo que fuerzas, como los sindicatos, “que alguna vez contenían el poder económico y político corporativo” son disueltos (Alperovitz, enero-febrero de 2006, p. 68). Conforme Estados Unidos libra un ataque implacable contra la afiliación sindical en casa, que actualmente constituye meramente 7.9 por ciento de la fuerza laboral del sector privado, refuerza el contragolpe neoliberal en contra de las organizaciones laborales en el mundo (si bien con creciente resistencia en América Latina). Al mismo tiempo el rabioso neoliberalismo del gobierno de Bush alienta políticas globales que amenazan el ambiente, especialmente a la luz del rechazo del gobierno de Bush de firmar el protocolo de Kyoto, diseñado para controlar las emisiones de gas y reducir el calentamiento global. Además, Estados Unidos fue la única nación en oponerse al Plan Internacional para Energía Más Limpia propuesto por el grupo

G-8 en 2001. Una vez más el autoritarismo del gobierno de Bush representa una ponzoñosa forma de biopolítica en la cual las muertes innecesarias parecen absolutamente razonables, especialmente si las “poblaciones desechables” interfieren con el sistema de acumulación en un capitalismo monopólico y globalizado.

Los desechos, la desigualdad creciente, el calentamiento global, el aumento en los niveles del mar, la disminución de los ecosistemas de la Tierra, y la extinción de muchas especies de plantas y animales, al parecer son, para el gobierno de Bush, un pequeño precio que hay que pagar por promover la lógica y cosechar las recompensas del fundamentalismo de mercado. Y las consecuencias afectan no sólo a Estados Unidos sino a la totalidad del globo, especialmente a aquellas naciones incapaces de defenderse a sí mismas de las toxinas, la basura, el daño ambiental, así como del saqueo económico que padecen sus pueblos, ciudades, vecindarios, y su vida cotidiana. En tales circunstancias, la esperanza queda excluida, y se hace difícil imaginar una vida fuera del capitalismo o creer en una política que toma en serio a la democracia.

El segundo fundamentalismo se puede ver en el fervor religioso adoptado por Bush y sus cohortes, que sustituye la fe ciega y la intolerancia por la razón crítica y la responsabilidad social (ap, 6 de noviembre de 2004). Se está borrando la línea entre el Estado y la religión conforme los funcionarios del gobierno, muchos de ellos ahora representantes de los evangélicos cristianos radicales, adoptan e imponen un moralismo rígido y un conjunto de valores morales de la sociedad estadounidense que son enormemente intolerantes, patriarcales, nada críticos, e insensibles a los problemas sociales reales, como la pobreza, el racismo, la crisis en el sistema de salud, y el creciente empobrecimiento de los niños estadounidenses. En lugar de abordar estos problemas, los evangélicos con enorme influencia política están librando una campaña para proscribir los matrimonios entre personas del mismo sexo, impartir creacionismo en lugar de

Con el auge del fundamentalismo de mercado se le otorga mayor respeto a la economía que a las necesidades humanas, los derechos humanos, y los valores democráticos

ciencia, privatizar el seguro social, eliminar la investigación sobre células madre y revocar el caso de Roe vs. Wade; así como otros casos de derechos para el aborto.

Un desenfrenado anti intelectualismo unido a una marcada moral al estilo Talibán se traduce en prácticas culturales y costumbres políticas cotidianas conforme los evangélicos del ala derecha viven su visión mesiánica del mundo. Los religiosos evangélicos del ala derecha como Pat Robertson, James Dobson, y Jerry Falwell se pronuncian públicamente sobre todo género de temas de política pública y exterior mientras cultivan una relación estrecha con la Casa Blanca. Por ejemplo, el favorito del gobierno de Bush, Pat Robertson, ha pedido el asesinato de Hugo Chávez, presidente de Venezuela, y ha sugerido que la devastadora embolia sufrida por el primer ministro Ariel Sharon fue “un castigo divino por haber sacado a Israel de Gaza el verano pasado” (Myre, 12 de enero de 2006, p. A12). Además muchos cristianos conservadores han jugado un papel prominente en consagrar la guerra contra el terrorismo como una “guerra santa” y han ayudado a forjar las políticas del gobierno de Bush hacia el Medio Oriente, otorgando mayor legitimidad a la “guerra contra el terrorismo” y al ataque a los derechos y la soberanía palestinos que se está llevando a cabo. La Derecha Cristiana no sólo ha dirigido su ira hacia el Islam, a menudo ha hecho declaraciones públicas expresando opiniones tan extremistas que se han reportado ampliamente en el mundo árabe, alentando el odio hacia Estados Unidos y proporcionando un arma de reclutamiento para los terroristas islámicos.

Esther Kaplan proporciona una compilación de algunos de los comentarios anti islámicos más atroces. Escribe:

Franklin Graham, el hijo del evangelista viajero Billy Graham, a quien el presidente Bush le atribuye su despertar religioso (el mismo Franklin Graham que dirigió la plegaria en la inauguración de Bush) denunció en televisión que el Islam es “una religión muy perversa y

nociva”. El reverendo Jerry Vines, ex presidente de los 16 millones de miembros de la Convención Bautista del Sur, una organización religiosa con fuertes vínculos con el gobierno, llamó al profeta musulmán Mahoma, “un pedófilo obsesionado con el demonio” mientras que la caracterización de Farell de Mahoma como un “terrorista” provocó un tumulto en Sholapur, India, que dejó nueve personas muertas y una centena de lesionados (Kaplan, 2004, p. 13).

Si bien estas opiniones son extremas, pareciera que son bienvenidas en las esferas más altas del gobierno, dada la cercana alineación entre los conservadores evangélicos que conforman 40 por ciento del grupo electoral de Bush y la facción neoconservadora estudiosa de la Biblia del Partido Republicano, que incluye al vicepresidente Cheney, al secretario de la Defensa Rumsfeld, a la secretaria de Estado Condoleezza Rice, Richard Pearle, Paul Wolfowitz, y Douglas Feith, quienes respaldan los principios morales estrictos y acogen con beneplácito el apoyo electoral de sus partidarios evangélicos de derecha.

El poder engendra arrogancia, y la alianza estrecha de los fundamentalistas cristianos y los edificadores del imperio neoconservador acepta como verdad fundamental que Estados Unidos tiene el deber de reformar el mundo en términos de sus propios intereses globales. El moralismo en el exterior ocasiona una “guerra santa” y una guerra por el petróleo que eufemísticamente funciona como democracia en tanto el moralismo estilo Bush en el país, libra una guerra contra los derechos reproductivos de las mujeres, se compromete a “salvar” a Terri Schiavo, y promociona un esfuerzo nacional sin límites para insertar el diseño inteligente en las clases de biología en la educación media superior.

Otro ejemplo de que los fundamentalistas mezclan sus convicciones religiosas con un moralismo estricto que afecta de manera directa a quienes están en desacuerdo con sus puntos de vista, es evidente a medida que cada vez más farmacéuticos se rehúsan a

surtir recetas por razones religiosas. Mezclar la medicina, la política y la religión significa que a algunas mujeres les han negado las píldoras anticonceptivas o cualquier otro producto diseñado para prevenir la concepción; la educación sexual inspirada por instituciones basadas en la fe promueve sólo la abstinencia; y la información educativa que amenace estos enfoques es desacreditada o ignorada. Los evangélicos de todo el país están legislando para patrocinar la “educación de sólo la abstinencia”, a pesar de una gran cantidad de investigación que sugiere que tales programas no funcionan. De manera similar, el gobierno de Bush se ha rendido a los fundamentalistas religiosos eliminando información de los sitios *web* del gobierno sobre las formas alternativas de control de la natalidad, citando información científica falsificada como las afirmaciones de que el uso de las píldoras anticonceptivas genera altas tasas de cáncer de mama, y produciendo currícula que declara que “la mitad de todos los hombres gay adolescentes en Estados Unidos es cero positiva (VIH)” (Flanders, 2005).

Gran parte del fundamentalismo religioso exaltado de Bush hace más que promover el desdén por el pensamiento crítico, reforzar las políticas sociales retrógradas, y promover formas viles de homofobia y patriarcado. También socava la razón científica, cancela el debate y destierra el juicio crítico al basurero de la historia. En esas raras ocasiones en que la derecha religiosa hace un llamado al debate y al diálogo, es casi siempre un acto de mala fe. Por ejemplo, su llamado a mantener abierto el debate sobre el calentamiento global y el creacionismo, es la mayor parte de las veces una maniobra estratégica concebida para evadir la evidencia científica irrefutable que contradice sus rígidas posturas basadas en la fe. Incluso la cultura popular no es inmune al escuadrón de moralidad de la derecha cristiana, dado que inspira una ola de crítica y censura contra casi todas las facetas, salvo las más saneadas, de la industria del entretenimiento. ¿Qué se puede pensar del ataque de la derecha cristiana a espectáculos para niños que supuestamente

ofrecen representaciones homoeróticas, como las atribuidas a las caricaturas del tipo Bob Esponja? (Rich, 6 de febrero de 2005). Antes del 25 de diciembre de 2005 muchos fundamentalistas cristianos lanzaron un ataque implacable a las principales plazas de los medios de comunicación declarando que la Navidad había sido secuestrada por todo tipo de secularistas, a penas disfrazando una tradición antisemita que data del tiempo de la ignominiosa publicación de Henry Ford de 1921, *The Internacional Jew*.

El incremento y el efecto del fundamentalismo religioso en el escenario de la política y la cultura estadounidense representan más que un “capítulo de histeria irracional en la historia cultural de Estados Unidos”; también hacen visible la cálida bienvenida que los extremistas religiosos reciben en las más altas esferas del poder político estadounidense y en los medios de comunicación dominantes, quienes complacen cada vez más a la pretendida “gente de fe” (Rich, 25 de diciembre de 2005). Si bien el extremismo religioso es una vieja historia en la historia de Estados Unidos la influencia actual de los fundamentalistas cristianos en forjar tanto la política interior como la exterior no tiene precedentes y tiene implicaciones muy peligrosas para la disminución de la democracia tanto en el país como en el extranjero (Feldman, 2005).

El tercer dogma antidemocrático es visible en el implacable intento por parte del gobierno de Bush de destruir la educación crítica como una base para lograr una ciudadanía comprometida y una democracia vibrante. El ataque a todos los niveles de la educación es evidente en los intentos por lograr una educación corporativa, excluir a los jóvenes pobres y de minorías, estandarizar la currícula, privatizar la escuela pública y utilizar el lenguaje de negocios como un modelo de gobernanza; también es evidente en los esfuerzos que están realizando las corporaciones y los ideólogos neoconservadores para debilitar el poder de los académicos, convertir los trabajos de tiempo completo en trabajo contractual, y entregar aquellas

fuerzas educativas más amplias en la cultura a pequeños grupos de intereses corporativos. La educación superior también ha sido sitiada por los ideólogos derechistas como David Horowitz y Lynne Cheney quienes la ven como “el eslabón débil” en la guerra contra el terror y una quinta columna potencial (Martin & Neal, 2002). Horowitz también actúa como caudillo de diversos grupos de estudiantes conservadores con fondos y bien dirigidos como el Young Americans y College Republicans quienes desempeñan el trabajo de base de sus esfuerzos políticos para la “Academic Bill of Rights” (Declaración de Derechos Académicos), al acecho de situaciones jugosas únicas de sesgo político, sin importar cuál sea o cómo pueda ser definido, en las aulas universitarias.

Estos esfuerzos han dado como resultado que enormes cantidades de dinero público sea destinado a audiencias en múltiples legislaturas estatales, más recientemente en Pensilvania, además de imponer, según el *Chronicle of Higher Education*, un “clima gélido” de autovigilancia de la libertad académica y la pedagogía (*Chronicle of Higher Education*, 9 de septiembre de 2005, pp. B7-B13). Esto se pone peor. En la Universidad de California en Los Ángeles, la Bruin Alumni Association (asociación de ex alumnos) ha publicado en su sitio *web* un artículo intitolado “The Dirty Thirty” (Los Treinta Obscenos) en el que señalan lo que ellos llaman “los profesores más radicales” de la universidad (<http://www.uclaprofs.com/articles/dirtythirty.html>). Según este grupo, radical aparentemente quiere decir, entre otras cosas, sostener puntos de vista contrarios a la guerra en Irak, respaldar la acción afirmativa y atacar a “el presidente Bush, el Partido Republicano, las corporaciones multinacionales, e incluso a nuestros hombres y mujeres combatientes” (Jones, <http://www.bruinalumni.com/aboutus.html>). La misión del grupo encabezado por el ideólogo del ala derecha, Andrew Jones, un ex estudiante y ex presidente del grupo estudiantil Republicanos Bruin de ucla, es exponer y combatir “una crisis explosiva de radicalismo político en

el campus” (<http://www.bruinalumni.com/aboutus.html>).

El extremismo de Jones es incluso, demasiado para su jefe anterior, David Horowitz, el líder de una organización que monitorea a los profesores del ala izquierda en el nivel nacional, y quien una vez despidió a Jones por presionar a los “estudiantes para que entregaran falsos reportes sobre izquierdistas” (Fogg, 2005). La Bruin Alumni Association hace más que fomentar la intolerancia “difamatoria estilo McCarthy”, y el anti intelectualismo por medio de un llamado insulso al “equilibrio”, también ofrece premios de \$100 a cualquier estudiante dispuesto a proporcionar información sobre los puntos de vista políticos de sus profesores. Por supuesto, esto tiene menos que ver con protestar por una genuina demagogia que con atacar a cualquier profesor que se atreviera a cuestionar el *status quo* o pedir rendimiento de cuentas sobre las narrativas del poder (Giroux & Searls, 2006). El espionaje ilegal y falto de ética en el nivel nacional más que ser condenado por los estudiantes del ala derecha, como Jones, ahora pareciera ofrecer incluso otra estrategia para acosar a los profesores, insultar a los estudiantes tratándolos como si les faltara inteligencia, y proporcionar un modelo para la participación de los estudiantes en el aula que imita tácticas similares utilizadas por los fascistas y por los nazis en la década de 1930.

Ya no vista como depositario del pensamiento crítico, del debate, ni de la formación de una ciudadanía informada, la educación superior cada vez se reduce más a los imperativos de la capacitación laboral o a las demandas ideológicas de conformidad patriótica. Pero hay más intereses aquí que simplemente sustituir la capacitación por la educación, y la conformidad ideológica por el aprendizaje crítico; la educación superior también juega un papel medular en la construcción del estado de seguridad nacional. Las universidades ahora proporcionan recursos, participan en contratos de investigación, y aceptan enormes cantidades de dinero de contratos de defensa para proporcionar el personal, la experiencia,

y las herramientas necesarias para expandir los imperativos de seguridad del gobierno de Estados Unidos, y sin disculpas.

Si la educación superior está siendo atacada, pareciera que la educación pública ha perdido la guerra. Dedicadas principalmente a la capacitación en destrezas básicas para el trabajo y a la preparación para exámenes, las escuelas públicas ya no incluyen el discurso de equidad y ciudadanía como nodal para su propósito y sentido. Reducidas a ser centros de capacitación para niños de la clase media o modelos de prisiones para los negros pobres de las urbes, con especial interés en criminalizar la conducta del estudiante y en asignarle prioridad a la seguridad por encima del aprendizaje crítico, las escuelas ahora sirven para difundir una cultura de conformidad, consumismo, y engaño, por un lado, y para castigar a aquéllos considerados como marginados en virtud de su clase y color, por el otro. Ya no considerados como educadores críticos ni intelectuales responsables, los maestros ahora han sido mayormente reducidos a técnicos inexpertos, profesionales despolitizados, fuerzas paramilitares, vendedores de bienes corporativos, o redactores de solicitudes de subvenciones del gobierno.

La educación pública y la educación superior son sólo dos de los principales lugares de educación sitiados. Muchas instituciones comprometidas con el desanalfabetismo público, como los medios de comunicación y otros que reflejan la fuerza educativa de la cultura más amplia, también están siendo atacados por ser críticos o por no observar las reglas de la línea patriótica. Bajo el dominio de un mercado fundamentalista y un gobierno abusivo, los medios de comunicación dominantes se han convertido en un embrollo de comercialismo, propaganda, tele-evangelismo, y entretenimiento (McChesney, 1999; Nichols & McChesney, 2006). En tales circunstancias, los medios de comunicación ni funcionan a favor del bien público como un cuarto poder ni proporcionan las condiciones pedagógicas necesarias para generar ciudadanos críticos o defender una democracia llena de vitalidad.

La educación superior cada vez se reduce más a los imperativos de la capacitación laboral o a las demandas ideológicas de conformidad patriótica.

En cambio, como lo señalan Robert McChesney y Robert Nichols, los medios concentrados despolitizan la cultura de la política, comercialmente bombardean a los ciudadanos, y denigran la vida pública (McChesney & Nichols, 2002, pp. 52-53). Más que desempeñar un servicio público esencial, se han convertido en la herramienta pedagógica principal para difundir una cultura de consentimiento y conformidad en la que los ciudadanos están mal informados y el discurso público, desvalorizado. Involucrados en una forma de pedagogía pública que legitima el poder dominante más que responsabilizarlo por las normas más altas de política y ética, los conglomerados gigantes de medios como Clear Channel Communications y News Corporation (Fox News) de Robert Murdoch, se han convertido en dependencias publicitarias para los intereses corporativos y políticos dominantes. Tales medios de comunicación restringen el rango de opiniones a los que la gente tiene acceso y por ende socavan la democracia al privar a los ciudadanos de la posibilidad de un debate público y vigoroso, intercambio crítico y compromiso cívico.

Incluso, en aquellos ámbitos donde aparece el pensamiento crítico, sea en la universidad, en los medios de comunicación, o en otros sitios educativos, a menudo son atacados y desmantelados por campañas de intimidación del ala derecha, por recursos del terror y la seguridad para rehusar la responsabilidad, y por sugerencias perniciosas de que tal crítica es antiamericana o hasta traición. En este discurso, el gobierno de Bush, en su guerra sin restricciones contra el terrorismo, elimina la distinción “entre enemigos del Estado y ciudadanos ordinarios” y al hacerlo emula las dictaduras de fines del siglo xx en países como Perú (O’Connor, 2005). En el mundo maniqueo de Bush de lo bueno y lo malo, el “llamado a los absolutos cierra el camino a la indagación abierta y al pensamiento genuino” (Bernstein, 2005, p. 26).

Junto con las grandes secciones de los medios de comunicación dominantes controlados

por el ala derecha, el grupo Bush–Cheney repetidamente calumnia críticas responsables de la guerra en Irak así como críticas de las políticas nacionales retrógradas del gobierno, sugiriendo que tales críticas ayudan a los terroristas. La táctica de calumnias se desplegó, por ejemplo, cuando Paul Wolfowitz rechazó reportajes críticos sobre la “insurgencia violenta en Irak como ‘rumores’ que atribuyó a los cuerpos de prensa de Bagdad demasiado ‘asustados como para viajar’” (Rich, 8 de enero de 2006). En un intento por preservar su poder a cualquier precio, el gobierno de Bush, cuando no denuncia las críticas como irresponsables o antiamericanas, lanza propaganda falsificando sus propias noticias, plantando historias favorables a la visión mundial de Bush en el interior del país y en el extranjero, sobornando a periodistas conservadores como Armstrong Williams o simplemente contando con *Fox News* para desviar la atención de revelaciones vergonzosas sobre la incompetencia, los fracasos, los delitos, y las mentiras del gobierno. Cuando tales esfuerzos de manipulación y persuasión no funcionan, el gobierno de Bush se vuelve coercitivo y represivo. Cuando los llamados hiperventilados al temor, al patriotismo, y al nacionalismo no mueven al público, los críticos a menudo son intimidados o castigados.

Cuando el *New York Times* puso al descubierto que el gobierno utilizó la Agencia de Seguridad Nacional para intervenir las líneas telefónicas de los ciudadanos estadounidenses sin necesidad de autorización, por ejemplo, Bush respondió desacreditando la filtración, calificándola de “oprobiosa” y solicitando al Departamento de Justicia una investigación para localizar las fuentes internas que expusieron aun otra violación en contra de los derechos humanos. El crimen verdadero, parece, fue la exposición de la fechoría del gobierno, más que la ilegalidad y la expresión de poder absoluto revelado por tales prácticas. Él también dejó sobreentendido que los críticos de sus intervenciones ilegales de los teléfonos eran los culpables de proporcionar ayuda y comodidad a Al Qaeda. Como lo señaló un editorial de *The Nation*, si eso fuera verdad

“las filas de los traidores ahora incluyen a los líderes del propio partido del presidente y las revelaciones del *New York Times* acerca de las intervenciones ilegales de teléfonos presagian un terremoto” (*The Nation*, 9-16 de enero de 2006, 28:2).

Otra expresión ignominiosa del desdén del gobierno por la crítica responsable se dio cuando el gobierno de Bush trató de castigar al ex embajador Joseph Wilson por haber divulgado al *New York Times* que un argumento central en el caso del gobierno para fundamentar la guerra de Irak era falso. En respuesta a esta revelación embarazosa, los funcionarios del gobierno filtraron el nombre de la esposa de Wilson, Valerie Palme, al columnista conservador Robert Novak quien reveló que ella era agente secreto de la CIA. Por medio de todos estos incidentes, el gobierno de Bush desmantela cualquier vestigio de espacio público democrático para mantener la responsabilidad del gobierno. Cada vez más la batalla global por la democracia necesita recitar en voz alta la elocuente advertencia de Ana Arendt en *Men in Dark Times*:

Si la función del reino público es arrojar luz sobre los asuntos de los hombres al proporcionar un espacio de apariencias en las cuales pueden mostrar en hecho y en palabra, para bien o para mal, quiénes son y qué hacen, entonces la oscuridad ha llegado cuando esta luz se extingue por una “brecha de credibilidad” y “gobierno invisible”, mediante un discurso que no revela qué es pero lo esconde bajo la alfombra, mediante exhortaciones, morales o de otro tipo, que con el pretexto de defender viejas verdades, degrada toda verdad a trivialidad sin sentido (Arendt, 1983).

Verdaderamente estamos viviendo en tiempos oscuros. Conforme el poder crítico de la educación en diferentes esferas públicas se reduce al discurso oficial de condescendencia, conformidad, y reverencia forzada, se vuelve más difícil para el público estadounidense comprometerse en debates críticos, vincular

las frustraciones privadas a las fallas políticas, y reconocer las distorsiones y mentiras que subyacen muchas de las políticas actuales del gobierno. ¿De qué otro modo se explica que Bush haya sido reelegido en 2004 a pesar de las evidentes mentiras acerca de por qué Estados Unidos invadió Irak, la aprobación de las políticas de reforma fiscal que premian a los extremadamente ricos a expensas de las clases medias y bajas, los discursos truculentos sobre las decisiones en política exterior, ampliamente equiparadas como abusivas por el resto del mundo?, ¿qué pensar del apoyo popular para que ganara Bush su reelección a la luz de su marca por haber dejado a millones de jóvenes desempleados o subempleados, sumidos en la pobreza y la desesperanza, de su constante “asalto a las ordenanzas diseñadas para proteger la salud pública y el medio ambiente”, y de su promulgación de una cultura de miedo que está acabando con las más preciadas libertades civiles estadounidenses? (*CBS News*, 11 de enero de 2004; Corn, 2003; Borenstein, 13 de octubre de 2004).

El ataque a la reflexión crítica fomentó la reproducción de muchas tendencias antidemocráticas en Estados Unidos, algunas de las cuales ya he mencionado. Otras incluyen las siguientes: la creciente realidad de un sistema unipartidista que muestra un profundo desdén por el pluralismo y recurre a intentos corruptos para reordenar los distritos, la torpe manipulación de las reglas electorales, las tácticas ideadas para intimidar a los grupos de electores opositores, en especial de las minorías, y el uso fraudulento de las máquinas contadoras de votos, todo con el propósito de lograr un gobierno republicano permanente. El “compadrazgo” desenfrenado y la corrupción política se ejemplifican en el escándalo que rodea al cabildero preferido Jack Abramoff, la designación del oportunistas políticos como Michael Brown para dirigir agencias del gobierno como FEMA, la recompensa de contratos del gobierno a personas que contribuyen grandes donativos al Partido Republicano, y la asignación de buen número de evangélicos del ala derecha en grupos

generadores de políticas gubernamentales, a pesar de su notoria incompetencia para desempeñar las tareas que les fueron encomendadas. También está el feroz sexismo, la homofobia y un renovado racismo que surgen en Estados Unidos junto con el lenguaje de odio y chivos expiatorios que vomitan diariamente en conversaciones radiofónicas y los locutores conservadores infames como Ann Coulter, Rush Limbaugh, y Michael Savage, quienes muestran un desdén por los derechos humanos y revelan algo espantoso acerca de las nuevas narrativas que este gobierno quiere para definir la cultura estadounidense.

La guerra en contra del terrorismo ha producido la “más indigna expresión de antipatía racial... recordatorio de la dominación imperial y colonial” (Gilroy, 2005). Dentro de los más insulsos discursos de nacionalismo y patriotismo, las prácticas racistas forjan las dimensiones más amplias de la cultura, significando a todos los otros como una supuesta amenaza externa para la civilización estadounidense. Esto está ampliamente ilustrado en la guerra contra los afroamericanos, ejemplificado en las imágenes de Nueva Orleans después del huracán Katrina, pero tal vez e incluso más claramente en el hecho de que 70 por ciento de los prisioneros encarcelados en Estados Unidos es gente de color. La amenaza al orden interno del país ahora se ha expandido a los demás del sur global que son percibidos como una amenaza a la seguridad nacional. De parte del teórico político Samuel P. Huntington, que vitupera contra la amenaza de la “hispanización” (Huntington, 2004), del comentarista de CNN Lous Dobbs y su opinión de que el país está siendo invadido por inmigrantes ilegales, y hasta de Pat Robertson, quien declaró públicamente que los musulmanes son “peores que los nazis”(Kaplan, 2004, p. 13), hay un creciente discurso de invectiva racista dirigido a inmigrantes mexicanos, árabes, musulmanes, y otros que amenazan la distinción “civilizatoria” de la cultura estadounidense, se quedan con los trabajos de los estadounidenses, o supuestamente

¿De qué otra manera se puede explicar el hecho de que Estados Unidos tenga “725 bases militares oficiales fuera del país y 969 dentro de él”?

apoyan actos de terrorismo en contra de Estados Unidos.

Además hay un incremento en la vigilancia a los ciudadanos, llamada eufemísticamente el “programa de colección especial”, que se está poniendo en marcha fuera de la jurisdicción de las cortes, incrementando los reportes de abusos a los derechos humanos como tortura, secuestro y desaparición de personas. Emerge un hipernacionalismo generado por el racismo en que los inmigrantes son percibidos como una amenaza a los trabajos, a la seguridad, y al derecho, justo cuando el país se ha obsesionado más y más con la seguridad nacional, el crimen y la vigilancia creciente de sus ciudadanos. Tales prácticas y retórica hacen que cada vez más Estados Unidos se parezca a las despiadadas dictaduras latinoamericanas que tomaron el poder en la década de 1970, y que apelaban al temor, a la seguridad, y al uso de prácticas extralegales para defender actos bárbaros de tortura, abuso y desaparición de personas. La escritora Isabel Hilton correctamente invoca esta parte reprimida de la historia y lo que revela acerca del gobierno de Bush:

El engaño que los funcionarios conocen mejor que la ley es un riesgo ocupacional de los poderosos y para el que aquellos que tienen un tipo de mente imperial están especialmente dispuestos. Las verificaciones y los balances (el andamiaje constitucional de la idea democrática de que a ningún individuo se le puede confiar poder ilimitado) están ahí para mantener tales engaños bajo control... Cuando la desaparición de personas se volvió una práctica del estado por todo América Latina en la década de 1970 despertó una aversión repentina en los países democráticos en donde es un principio fundamental del gobierno legítimo que ningún actor del Estado puede detener, o matar, a otro ser humano sin tener que responder ante la ley. El presidente Bush no sólo ha desechado ese principio, sino que incluso se jacta de eso (Hilton, 28 de julio de 2004).

Si se une este abuso particularmente insidioso

de los derechos humanos con las tendencias antidemocráticas antes mencionadas, se vuelven cada vez más visibles en Estados Unidos, un creciente hipernacionalismo y el surgimiento de un militarismo desenfrenado. Todas estas fuerzas se intensifican a través del cuarto dogma antidemocrático que está forjando la vida estadounidense: la militarización de la vida pública; la emergencia del militarismo como lo que David Theo Goldberg llama un “nuevo régimen de verdad”, una nueva epistemología que define qué es un hecho y qué es ficción, bien y mal, justo e injusto. Los estadounidenses no sólo están obsesionados con el poder militar; “se ha vuelto central para nuestra identidad nacional” (Bacevich, 2005). ¿De qué otra manera se puede explicar el hecho de que Estados Unidos tenga “725 bases militares oficiales fuera del país y 969 dentro de él”? ¿O que “gaste más en ‘defensa’ que el resto del mundo junto? Este país está obsesionado con la guerra: rumores de guerra, imágenes de guerra, guerra ‘de prioridad’, guerra ‘preventiva’, guerra ‘quirúrgica’, guerra ‘profiláctica’, guerra ‘permanente’” (Judt, 2005, p. 16).

La política de Bush de una guerra permanente con su legitimación unilateral de ataques preventivos contra enemigos potenciales no sólo sienta un peligroso precedente para anunciar el autoritarismo sino que también alienta políticas demagógicas similares entre otras naciones del ala derecha. Como lo explicó el presidente Bush en su conferencia de prensa del 13 de abril de 2004 y repitió una y otra vez en diferentes tribunas públicas a medida que llegaba al año 2006: “Este país debe marchar a la ofensiva y permanecer en la ofensiva” (Judt, 2005, p. 16). Si se asume que la fuerza militar es la más alta expresión de la verdad social y de la grandeza nacional, el gobierno de Bush abre un peligroso capítulo nuevo en la historia militar estadounidense que ahora apoya sin trabas lo que C. Wright Mills una vez llamó “‘metafísica militar’, una tendencia a ver los problemas internacionales como problemas militares y descartar la probabilidad de encontrar una solución que no sea por medios

militares” (Mills, 1993, p. 222; Bacevich, 2005, p. 2).

Dicho militarismo agresivo procede de una ideología que no sólo apoya una política exterior basada en lo que Cornel West llama “la mitología vaquera de la fantasía de la frontera estadounidense” sino que también afecta la política interior a medida que se expande “la fuerza policial, aumenta el complejo prisión-industrial, y legitima el poder desenfrenado masculino (y la violencia) en casa y en el trabajo. Ve el crimen como un enemigo monstruoso que debe ser aplastado (enfocándose en la gente pobre) más que en una conducta reprobable que se debe cambiar (atendiendo las condiciones que fomentan tal conducta)” (Bacevich, 2005, p. 6).

La influencia de verdades, valores, relaciones sociales, e identidades militaristas ahora permea y define la cultura estadounidense. Las principales universidades, por ejemplo, agresivamente cortejan el establecimiento militar para obtener subvenciones para investigación y, al hacerlo, se vuelven menos abiertas a los temas o programas académicos que fomentan el debate riguroso, el diálogo, y el pensamiento crítico. En realidad, conforme la educación superior está presionada por el gobierno de Bush y sus seguidores jingoístas para servir las necesidades del complejo militar industrial, las universidades cada vez más profundizan sus conexiones al estado de seguridad nacional en formas que son osadamente celebradas.

Por ejemplo, instituciones públicas como Penn State University, Carnegie Mellon University, University of Pennsylvania, Johns Hopkins University y un sinnúmero de otras universidades prestigiosas desvergonzadamente expanden el alcance y la influencia del estado de seguridad nacional al convenir en acuerdos formales con el FBI para “crear un vínculo entre las universidades líderes en investigación y las agencias del estado” (Penn State, 2005). Y como indica Graham Spanier, el presidente de Penn State, en una declaración llena de ironía, el establecimiento de la Junta Consultiva de

Seguridad Nacional de Educación Superior, que él encabeza, “envía un mensaje positivo de que los líderes en la educación superior están dispuestos a ayudar a nuestra nación durante estos tiempos desafiantes” (Penn State, 2005). Dicho comentario suena como una página sacada de 1984 de George Orwell, contradiciendo cada valor decente y democrático que define la educación superior como una esfera pública democrática.

Es difícil no leer tales ocurrencias con cinismo. Tal vez Spanier pueda ofrecer el poder de su puesto y los recursos de la universidad para resolver los problemas asociados con el programa mejorado de espionaje nacional del FBI, proporcionar nuevos reclutas para los “sitios negros” [prisiones de tortura] en el extranjero, o tal vez entrenar especialistas técnicos para trabajar en el Programa de Rendición Extraordinaria, que secuestra a supuestos terroristas en tierras extranjeras y los envía a países con menos inclinaciones a preocuparse por los derechos humanos y las libertades civiles. O tal vez él y sus compañeros de la Junta ofrecerán los recursos de estas universidades de investigación para proporcionar información sobre estudiantes árabes y musulmanes que pudiesen representar una amenaza potencial para Estados Unidos, sin mencionar a los académicos y los estudiantes que se oponen a las políticas internas y externas de Bush y que supuestamente representan una amenaza similar. En una lectura más optimista, tal vez Spanier y sus colegas pueden proporcionar crítica franca y consejo crucial al FBI a la luz de cómo manejar las recientes revelaciones respecto de su papel en el espionaje dentro del país, una conducta que recuerda los días de COINTELPRO cuando acosaba y espiaba a los manifestantes que se oponían a la guerra, a los activistas de los derechos civiles, y a otros disidentes.

Desafortunadamente a las escuelas públicas no les va mejor en una época de guerra permanente. Las escuelas públicas no sólo tienen más reclutadores militares sino que también tienen más personal militar

impartiendo clases en las aulas (Gabbard & Saltman, 2003). Cuando la lógica de mercado del neoliberalismo se combina con la lógica militarista del gobierno actual, el propósito de la enseñanza experimenta un cambio fundamental para aquellas poblaciones cuya labor ya no se requiere. Las escuelas ahora adoptan la lógica de “amor duro” al instrumentar políticas de cero tolerancia que efectivamente modelan las escuelas públicas urbanas como las prisiones, al mismo tiempo que los derechos de los estudiantes se ven disminuidos cada vez más ante el ataque de la disciplina al estilo militar (Giroux, 2004).

Los estudiantes de muchas escuelas, en especial aquellos de áreas urbanas y rurales pobres, son registrados de manera rutinaria, cacheados, sujetos a pruebas involuntarias de detección de drogas, rociados con aerosol irritante y acarreados a la cárcel. El currículum no tan secreto es que ciertos jóvenes representan una escasa inversión social, no se puede confiar en ellos, sus acciones tienen que ser reguladas de manera preventiva y sus derechos no son dignos de protegerse. Por ejemplo, la legislación de No Child Left Behind requiere que las escuelas proporcionen la información personal de los estudiantes a los reclutadores militares que luego intentan convencerlos de ingresar a las fuerzas armadas. Los reclutadores militares recorren los pasillos de las escuelas y son tan omnipresentes como los consejeros vocacionales, proporcionan gran cantidad de servicios escolares y se valen de diferentes artimañas como concursos de juegos de video y conciertos patrocinados para incrementar sus cuotas de reclutamiento. Casi 50 por ciento de las escuelas de educación media y media superior del sistema escolar público de Chicago apoya los programas JROTC [formación militar] mientras otras escuelas funcionan como academias militares (Schaeffer-Duffy, 2003).

Como resultado de algunas de las luchas en el frente del reclutamiento, el ejército llegó hasta conducir una campaña de reclutamiento, “Llévatelo a las calles”, en la primavera de 2004, durante la cual *Hummers* decorados,

repletos de altavoces de *hip-hop* y un videojuego popular, *America's Army*, desfilaron por los sitios centrales de la ciudad con la esperanza de persuadir a los jóvenes afroamericanos y latinos de alistarse. Por supuesto, no todos los jóvenes pobres de las minorías cumplen con tales medidas. Para muchos jóvenes y adultos, negros y morenos, la encarcelación ha alcanzado niveles récord conforme la construcción de prisiones rebasa la construcción de escuelas, hospitales, y otras instituciones de cuidado de la salud.

Como lo señalan Michael Hardt y Antonio Negri en *Multitude*, la guerra se ha convertido en el principio organizativo de la sociedad y la base para la política y otras relaciones sociales (Hardt y Negri, 2004, pp. 12-13). El militarismo se ha vuelto la forma más poderosa de pedagogía pública, una variante de la biopolítica que está forjando todos los aspectos de la vida social, y una de sus consecuencias es el creciente autoritarismo que alienta los monopolios hambrientos por ganancias, la ideología de la certeza basada en la fe, y el debilitamiento de cualquier vestigio de educación crítica, disenso, y diálogo. La educación en este caso es severamente limitada y trivializada en los medios o es convertida en capacitación y reformadora de carácter en las escuelas. En la educación superior la democracia pareciera ser un exceso, si no una patología, conforme los ideólogos de la ala derecha y los futuros administradores corporativos cada vez supervisan más lo que los académicos dicen, enseñan, y hacen en sus asignaturas. Y va a empeorar.

Dado que el régimen de Bush gobierna “dividiendo el país a lo largo de las fallas geológicas de temor, intolerancia, ignorancia y reglas religiosas” el futuro no luce brillante para la democracia (Dowd, 2004, p. A 27). El teórico crítico sobre la raza David Theo Goldberg correctamente arguye que el mensaje de la reelección de Bush se resume en:

no te enfermes, no pierdas tu trabajo ni te retires; no respires, nades en el mar, viajes,

ni tengas pensamientos críticos; invierte los ahorros de tu vida en el mercado de valores aunque lo más probable es que lo pierdas todo; ve al colegio de la comunidad [community college] para obtener dos años de capacitación técnica en lugar de las universidades de cuatro años en donde tu mente se convertirá en una sensiblería liberal; apoya los recortes fiscales para los ricos y el servicio militar para los pobres. Si te sales de la línea, recuerda que el Patriot Act está presente para vigilarte en casa y un B52 cargado de bombas se asoma desde arriba en el extranjero (Goldberg, 2004, p. 3).

El militarismo se ha vuelto la forma más poderosa de pedagogía pública, una variante de la biopolítica que está forjando todos los aspectos de la vida social.

Abstraído del ideal del compromiso público, el nuevo autoritarismo representa una práctica política y económica y una forma de militarismo que desata las conexiones entre la democracia substantiva, la agencia crítica y la educación crítica. En oposición a la creciente oleada de autoritarismo, los educadores del mundo deben hacer un esfuerzo por vincular el aprendizaje al cambio social progresivo mientras luchan por pluralizar y comprometerse críticamente con los diversos sitios en donde se da la pedagogía pública. En parte esto sugiere la creación de alianzas que aseguren que cada esfera de la vida social sea reconocida como un sitio importante de la lucha política, social y cultural que es tan crucial para cualquier intento por forjar el conocimiento, las identidades, las inversiones afectivas, y las relaciones sociales que constituyen los sujetos políticos y los agentes sociales capaces de otorgar energía y difundir las bases para una democracia global substantiva.

Tales circunstancias requieren que la pedagogía sea abrazada como una práctica moral y política, que sea directiva y no dogmática, un fruto de las luchas diseñadas para resistir la creciente despolitización de la cultura política que es el sello distintivo de la actual revolución de Bush. La educación es el terreno donde se forma la conciencia; se construyen las necesidades; y se nutren y producen la capacidad para la auto-reflexión individual y el amplio cambio social. La educación ha

asumido un significado sin paralelo en la formación del lenguaje, los valores, y las ideologías que legitiman las estructuras y las organizaciones que apoyan los imperativos del capitalismo mundial. Una vez que los esfuerzos por reducirla a técnica o metodología han sido descartados, la educación se mantiene como un lugar crucial para la producción y la lucha por esas condiciones pedagógicas y políticas que proporcionan las posibilidades para que la gente desarrolle formas de acción que le permitan intervenir de manera individual o colectiva en los procesos mediante los cuales las relaciones materiales de poder forman el significado y las prácticas de sus vidas cotidianas.

Dentro del contexto histórico actual las luchas por el poder toman una forma simbólica y discursiva así como material e institucional. La lucha por la educación es más que una batalla por significado e identidad; es también acerca de *cómo* el significado, el conocimiento, y los valores se producen, autorizan, y se hacen funcionales dentro de las relaciones económicas y estructurales del poder. La educación no está reñida con la política, es un elemento importante y crucial en cualquier definición de la política y ofrece no sólo las herramientas teóricas para una crítica sistemática del autoritarismo sino también un lenguaje de posibilidad para la creación de movimientos reales para el cambio social democrático y una nueva biopolítica que afirma la vida en lugar de la muerte, responsabilidad compartida en lugar de temores compartidos, y ciudadanía comprometida en lugar de las devaluaciones del consumismo.

Aquí están en juego la combinación de formas y procesos simbólicos que conduzcan a la democratización con contextos sociales más amplios y con las formaciones institucionales del poder mismo. Aquí el punto clave es entender y comprometer las prácticas educativas y pedagógicas desde el punto de vista de cómo están vinculadas con formas mayores de poder. Los educadores, los estudiantes, y los padres de familia necesitan tener más claridad acerca de cómo funciona el poder a través de y en

textos, las representaciones, y los discursos, mientras que al mismo tiempo reconozcan que el poder no se puede limitar al estudio de representaciones y discursos, incluso en el nivel de política pública. Cambiar la conciencia no es lo mismo que alterar la base institucional de la opresión; al mismo tiempo la reforma institucional no puede darse sin un cambio de conciencia capaz de reconocer no sólo la injusticia sino la mera posibilidad de reforma, la capacidad de reinventar las condiciones y las prácticas que hacen posible un futuro más justo.

Además, es crucial plantear preguntas acerca de la relación entre la pedagogía y la cultura cívica, por un lado, y lo que se requiere para que individuos y grupos sociales creen que tienen alguna responsabilidad incluso para dirigirse a las realidades de clase, raza, género y otras formas específicas de dominación, por el otro. Por mucho tiempo, los progresistas han ignorado que la dimensión estratégica de la política está inextricablemente relacionada a cuestiones de educación y pedagogía críticas, a lo que significa reconocer que la educación siempre está enredada con la política, ideologías, valores, y la adquisición de formas particulares de agencia y visiones específicas del futuro. La importancia de la pedagogía crítica frente a la política, al cambio social, y a la imaginación radical en tales tiempos oscuros es captada dramáticamente por el sociólogo reconocido internacionalmente, Zygmunt Bauman. Escribe:

Las ventajas adversas pueden ser abrumadoras, y con todo, una sociedad democrática (o, como diría Cornelius Castoriadis, una autónoma) sabe que no existe sustituto para la educación y la auto-formación como un medio para influenciar el giro de los sucesos que se pueden conciliar con su propia naturaleza, mientras que esa naturaleza no se puede preservar a largo plazo sin “crítica pedagógica”, una educación afilando su punto crítico, “haciendo que la sociedad se sienta culpable” y “agitando las cosas” al agitar las conciencias humanas. Los hados de la

Se requiere que la pedagogía sea abrazada como una práctica moral y política, que sea directiva y no dogmática.

libertad, de la democracia que la hace posible mientras que ésta es posible por ello, y de la educación que engendra la insatisfacción con el nivel tanto de la libertad como de la democracia logrado hasta ahora, están inextricablemente conectados y no se separan entre sí. Uno puede ver esa conexión íntima como otra muestra de un círculo vicioso, pero es dentro de ese círculo que se inscriben las esperanzas humanas y las oportunidades de la humanidad y no puede ser en ningún otro lugar (Bauman, 2005, p. 14).

Afortunadamente el poder nunca está completamente del lado de la dominación, del fanatismo religioso, ni de la corrupción política. Tampoco está enteramente en manos de aquellos que ven la democracia como un exceso o una carga. Los educadores necesitan desarrollar un nuevo discurso y una política global revitalizada cuyo propósito sea fomentar una pedagogía democrática y cultura política que incorporen el legado y los principios de justicia social, igualdad, libertad, y derechos asociados con las nociones democráticas de tiempo, espacio, pluralismo, poder, discurso, identidades, moralidad, y el futuro. Pero dicha política no se puede basar simplemente en la nación. Si ha de ser efectiva deberá encontrar las maneras para globalizar tanto la justicia como la resistencia, utilizar los nuevos medios como herramientas pedagógicas críticas, y formar nuevas alianzas que atraviesan las fronteras entre estudiantes, trabajadores, e intelectuales, tomando seriamente la pedagogía como una práctica política que cruza las fronteras, afirma la diferencia, y genera nuevas alianzas internacionales en la lucha por los nuevos espacios públicos. Cada vez más individuos y movimientos en el país y alrededor del mundo que incluyen estudiantes, trabajadores, feministas, educadores, escritores, ambientalistas, personas de la tercera edad, artistas, y un sinnúmero de otras personas se están organizando para desafiar el peligroso deslizamiento de Estados Unidos hacia el oscuro abismo de un autoritarismo que amenaza no sólo la *promesa* sino la mera *idea* de democracia global en el siglo XXI.

Bibliografía

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer* [trad. Daniel Séller-Roazen]. Stanford: Stanford University Press.
- Agamben, G. (20 de septiembre de 2001). *On Security and Terror*. [trad. Soenke Zehle. *Frankfurter Allgemeine Zeitung*]. Recuperado en: <http://www.egs.edu/faculty/agamben/agamben-on-security-and-terror.html>.
- Agamben, G. (2005). *State of exception* [trad. Kevin Attell]. Chicago: University of Chicago Press.
- Alperovitz, G. (enero-febrero de 2006). Another World is Possible. En *Mother Jones*.
- AP (Associated Press) (9 de diciembre de 2004). UNICEF: Poverty, war, HIV hurting children. En *New York Times*.
- AP (6 de noviembre de 2004). Wisconsin school OKs creationism teaching. En *Common Dreams News Center*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/headlines04/1106-08.htm>.
- Arendt, H. (1983). *Men in dark times*. Nueva York: Harcourt Brace.
- Bacevich, A (2005). *The new american militarism*. Nueva York: Oxford University Press.
- Bauman, Z. (2004). *Wasted lives*. Londres: Polity.
- Bauman, Z. (2005). *Liquid life*. Londres: Polito Press.
- Bellamy, C. (18 de diciembre de 2004). The world's broken promises to our children. *The Boston Globe*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/views04/1218-01.htm>.
- Bernstein, R. (2005). *The abuse of evil: the corruption of politics and religion since 9/11*. Londres: Polity.
- Blumenthal, S. (enero 5 de 2006). *Bush's War on Professionals* *Salon.com*. Página de internet: <http://www.salon.com/opinion/blumenthal/2006/01/05/spying/index.html?x>.

- Borenstein, S. (13 de octubre de 2004). Environment Worsened under Bush in Many Key Areas, Data Show. En *Common Dreams News Center*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/headlines04/1013-12.htm>.
- Bush's high crimes. (9-16 de enero de 2006). *The Nation*, 28:2.
- CBS News. (11 de enero de 2004). *Bush sought way to invade Iraq*" (transcripción del programa *60 Minutes*). Recuperado en: <http://www.cbsnews.com/stories/2004/01/09/60minutes/main592330.shtml>.
- Chalala, C. (4 de enero de 2006). Rich man, poor man: hungry children in America. En *Seattle Times*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/views06/0104/24.htm>.
- Corn, D. (2003). *The lies of George Bush*. Nueva York: Crown.
- Dowd, M. (4 de noviembre de 2004). The Red Zone. En *New York Times*.
- Feldman, N. (2005). *Divided by God*. Nueva York: Farrar, Straus y Giroux.
- Flanders, L. (13 de febrero de 2005). Bush's hit list: teens and kids. En *Common Dreams News Center*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/cgi-bin/print.cgi?file=/views05/0213>.
- Fogg, P. (29 de enero de 2005). Independent alumni group offers \$100 bounties to UCLA students who ferret out classroom bias. En *The Chronicle of Higher Education*. Recuperado en: <http://chronicle.com/daily/2006/01/2006011904n.htm>.
- Forum: A Chilly Climate on the Campuses. (9 de septiembre de 2005). *Chronicle of Higher Education*, pp. B7-B13.
- Gabbard, D. & Saltman, K. (Eds.). (2003). *Education as Enforcement*. Nueva York: Routledge.
- Gilroy, P. (2000). *Against race: Imagining political culture beyond the color line*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gilroy, P. (2005). *Postcolonial melancholia*. Nueva York: Columbia University Press.
- Giroux, H. & Searls, S. (2006). *Take Back Higher Education*. Nueva York: Palgrave.
- Giroux, H. (2004). *The Terror of Neoliberalism*. Boulder: Paradigm.
- Goldberg, D. (3 de noviembre de 2004). The Sovereign Smirk. En *Open Democracy*.
- Hardt, M. & Negri, A. (2004). *Multitude: war and democracy in the age of empire*. Nueva York: The Penguin Press.
- Harvey, D. (2003). *The new imperialism*. Nueva York: Oxford University Press.
- Hilton, I. (28 de Julio de 2004). The 800-lb Gorilla in American Foreign Policy. *The Guardian/UK*. Recuperado en: <http://www.guardian.co.uk/print/0,3858,4980261-103390,00.html>.
- Huntington, S. (2004). *The challenge to America's identity*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Jones, A. *Open Letter from the Bruin Alumni Association*. Recuperado en: <http://www.bruinalumni.com/aboutus.html>.
- Judt, T. (14 de Julio de 2005). The New World Order. En *The New York Review of Books*.
- Kaplan, E. (2004). *With God on their side: how christian fundamentalists trampled science, policy and democracy in George W. Bush's White House*. Nueva York: The New Press.
- Krugman, P. (5 de diciembre de 2003). Looting the future. En *New York Times*, p. A27.
- Lobe, J. (6 de diciembre de 2004). 45 Million children to die in next decade due to rich countries' Miserliness, *One World. Net*. Recuperado en: <http://www.commondreams.org/headlines04/1206-06.htm>.
- Martin, J. & Neal, A. (febrero de 2002). *Defending civilization: how our universities are mailing America and what can be done about it*. Recuperado en: <http://www.goacta.org/publications/Reports/defciv.pdf>.

- McChesney, R. & Nichols, J. (2002). *Our media, not theirs: the democratic struggle against corporate media*. Nueva York: Seven Stories.
- McChesney, R. (1999). *Rich media, poor democracy: communication policy in dubious times*. Nueva York: The New Press.
- Mills, W. (1993). *The power elite*. Nueva York: Oxford University Press.
- Myre, G. (12 de enero de 2006). Israelis' anger at evangelist may delay christian center. En *New York Times*, p. A12.
- Nichols, J. & McChesney, R. (2006). *Tragedy: how the American media sell wars. Spin electrons, and destroy democracy*. Nueva York: The New Press.
- O'Connor, R. (13 de enero de 2005). *United States of Fear*. *AlterNet*. Recuperado en: <http://www.alternet.org/story/30801>.
- Penn State News Release, (16 de septiembre de 2005). *Penn State's Spanier to Chair National Security Board*.
- Rich, F. (25 de diciembre de 2005). I saw Jackie Mason kissing Santa Claus. En *New York Times*.
- Rich, F. (6 de febrero de 2005). The year of living indecently. En *New York Times*.
- Rich, F. (8 de enero de 2006). The wiretapper that couldn't shoot straight. En *New York Times*.
- Schaeffer-Duffy, C. (28 de marzo de 2003). Feeding the Military Machine. En *National Catholic Reporter*. Recuperado en: http://www.natcath.com/MNCR_online/archives/032903/032803a.htm.
- The Dirty Thirty*. Recuperado en: <http://www.uclaprofs.com/articles/dirtythirty.html>.

[]